

EL FUTURO DE LA HISTORIA

FREDERIC MAURO

Professeur Emérite à
L'Université de Paris X
Nanterre¹

Uno de los rasgos que mejor caracteriza a la segunda mitad del siglo XX en el campo del conocimiento es el avance logrado por las ciencias humanas y, en particular, por la ciencia histórica. Está demás recordar que sus primeros pasos los dio en la Antigüedad con Plutarco, Tito Livio y Tácito por citar sólo a algunos de los grandes autores y que consiguió mantenerse en la Edad Media con cronistas como Froissard. Desde el siglo XVII, época en que se proclama la monumental obra de erudición de los Benedictinos de Saint Maur, los libros históricos de Voltaire, «Le Siècle de Louis XIV» o «L'Essai sur les mœurs» nos apartan del relato circunscrito a las hazañas de los príncipes de este mundo para adentrarnos en la historia de los pueblos y, también, de las naciones.

El romanticismo despierta en el alma occidental una sensibilidad particular cuyo estado se manifiesta en las filosofías del futuro (Fichte, Schelling, Hegel), en el arte y la literatura, al igual que en la historia. Todas las grandes obras históricas son, entonces, filosofías de la Historia dominadas por la idea de la evolución: la idea del progreso, la idea de decadencia. Este movimiento perdura en el siglo XX. A Michelet (que impera en el siglo XIX) le responde Denis de Rougemont (que domina el siglo XX). A veces, estos filósofos de la historia son teólogos de la historia, como es el caso de Arnold Toynbee para quien todas las civilizaciones son mortales, salvo aquellas nutridas en el cristianismo, elemento que les evita morir.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX, y, en la primera mitad del XX, las ciencias físicas, matemáticas y biológicas progresaron tanto que la tentación por utilizar sus métodos y principios para el estudio del hombre mismo y de la sociedad humana fue grande. De allí

¹ Frédéric Mauro. Professeur Emérite à L'Université de Paris X Nanterre et à L'Institut des Hautes Etudes de L'Amérique Latine. Membre de L'Académie des Sciences D'Outre Mer.

Traducido por la Profesora Ana María Guerra Eissmann. Magister en Lingüística. Profesora de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación de Valparaíso.

el triunfo del positivismo que pretende presentar la misma actitud en el análisis del comportamiento humano y de los fenómenos de la naturaleza. La historia, la geografía, la economía y la sociología se abordarán, por lo tanto, de la manera más objetiva posible. En particular, en historia, se estudiarán los hechos históricos sin procurar asumirlos a una explicación general o a una teoría. Se esforzará sólo por dar **hechos** que expresen la realidad de los acontecimientos tal como se produjeron, formulando leyes positivas fuera de toda consideración moral o estética.

Por el contrario, la sociología positiva y positivista es el estudio de las leyes que rigen las sociedades, leyes establecidas a partir de correlaciones estadísticas y que, por comparación, permitirán la formulación de teorías. Se obtendrán, por inducciones sucesivas leyes cada vez más, generales. La sociología será así la única ciencia de las sociedades y la historia se limitará a entregarle sus ejemplos. El hombre más representativo de esta sociología es Emile Durkheim, evidentemente, después del fundador Auguste Comte. El historiador que se ha presentado siempre como el modelo mismo del positivista en historia es Georges Seignobos. Esta situación hace que la historia se subordine a la sociología, proporcionándole materiales, pero limitándose a la narración al relato de los acontecimientos.

Este papel de subordinada a la sociología que poseía la historia corría el riesgo de extenderse de esta misma sociología a otras disciplinas que subsistían o se desarrollaban de modo autónomo a pesar del imperialismo sociológico de Auguste Comte. Así, el economista contaba esencialmente con la historia económica como proveedora de datos. Luego, el demógrafo, el antropólogo, el politólogo, el geógrafo debían hacer lo mismo. Se suponía que la historia era sólo analítica, superficial, **de acontecimiento**, como se dirá más tarde. En síntesis, una historia crónica más que una historia síntesis; una historia de documento más que una reflexión sobre los documentos.

Ahora bien, la historia no podía limitarse a este papel subalterno. No podía ser sólo un tipo de disciplina documental. Debía ser, como las otras, explicativa, apta para valorar la causalidad, desprender los rasgos característicos de las civilizaciones pasadas, de los sistemas políticos económicos o culturales pasados, considerando lo efímero, la larga duración permanente, en síntesis, culturas sucesivas y «naturalezas», inmutables.

De esta contradicción nació la gran transformación que renovó totalmente las ciencias históricas. Movimiento que se señala como

L
M
B
M
er
N
de
p
de
em
cor
Nu
lo c
Esta
Escu
desc
que
inve
arch
docu
I
posit
entre

perteneciente a la «Escuela de los Anales», gracias a la revista creada en 1929 y que por más de 70 años lo ilustró, pero que, al mismo tiempo, inspiró a otros grupos como el de la **Revue de Synthèse** de Henri Berr o el de la **Fondation Nationale des Sciences Politiques** en torno a Pierre Renouvin. Consciente de los progresos considerables de las diferentes ciencias humanas y de lo que ellas podían aportar a la historia, Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel nos propusieron buscarlos en el pasado, preguntándose en que medida sus problemáticas del presente se encontraban en el pasado. Como estas diferentes ciencias humanas abarcan la totalidad de la vida en el presente, al interrogarlas sobre el pasado se recuperaba una historia total del pasado, de las civilizaciones anteriores. Se había establecido un programa que comenzó en los años 30 con la historia económica, social y demográfica. En 1941, Lucien Febvre publicaba «**Rabelais ou le problème de l'incroyance au XV^e siècle**», verdadero programa de historia cultural. En 1948, Fernand Braudel sostenía su tesis sobre «**La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II**» y consagraba así, la existencia de una «historia geográfica». Durante este tiempo, la Fondation Nationale des Sciences Politiques renovaba la historia política, dada la cercanía con la ciencia del mismo nombre, la que recibía el nombre de politología» y la «Revue de Synthèse» de Henri Berr vinculaba la historia de las Ciencias y de la Filosofía y la Historia General.

Por consiguiente, si nos quedamos en el ejemplo francés, se han empleado, los últimos cincuenta años -al menos en Francia- para intentar completar este programa trazado por los «Padres Fundadores» de la Nueva Historia. En el umbral del Tercer Milenio podemos preguntarnos que la historia podrá hacer, una vez que este programa se complete. Esta es la interrogante que examinaremos en seguida.

Es cierto que sobre las bases actuales, el programa de la nueva Escuela dista mucho de estar completo. Faltan muchos documentos por descubrir, leer, analizar, utilizar; sin hablar del cúmulo de informaciones que cada nuevo año llegan a los archivos y, por consiguiente, a los investigadores. Hay mucho por hacer en lo que se refiere a los archivos medios, nuevas técnicas de documentación y elaboración de documentos.

La informática está lejos de habernos entregado todas sus posibilidades. Las ciencias matemáticas, físicas y químicas no dejan de entregarnos nuevos medios de investigación ya sea en el campo

arqueológico ya sea en el de la antropología, paleografía y etnografía. Por otra parte, las ciencias humanas y sociales del presente progresan sin cesar, aportando nuevas problemáticas, nuevos campos de investigación teórica que pueden sugerirnos nuevas interrogantes para plantear a los documentos. Cuando se dice que el historiador escribe la historia de su tiempo, esto significa que el análisis que hace del pasado está pleno de preocupaciones del presente, de este presente que no deja de cambiar. Por último, hay que reconocer que la ciencia histórica tal como la practicamos se ha desarrollado sólo en un cierto número de países que contaban con los medios. Muchas regiones del mundo permanecen aún vírgenes desde el punto de vista de la ciencia histórica. Estas constituyen aún grandes posibilidades de trabajo para los futuros historiadores.

¿Se puede ir aún más lejos? Para esta pregunta, se han propuesto varias respuestas.

La primera es simple, pero desalentadora: no se avanzará mucho más. Esto significa que el conocimiento histórico continuará extendiéndose a regiones y a períodos aún poco estudiados, pero los métodos ya no cambiarán puesto que habrán alcanzado su desarrollo máximo. Bastará conocerlos y estar entrenados para utilizarlos en los nuevos campos así descubiertos. Simplemente, intervendrá el efecto de perspectiva, a medida que se avance en el tiempo; mientras más reciente sea la historia más será «de acontecimiento». Mientras más antigua sea, más tenderá a ser estructural, insistiendo en las permanencias y lentitudes. De todas maneras, el conocimiento avanzado de las grandes obras culturales del pasado, incluido el pasado lejano, despertará la curiosidad de los especialistas por una historia «de acontecimiento» lo suficientemente acotada como para reubicar estas obras en su cuadro más real.

Una segunda actitud que provocaría una ruptura epistemológica ha sido propuesta por algunos pensadores tales como el sociólogo historiador Immanuel Wallerstein quien creó con algunos colegas en New Jersey el **Institut Fernand Braudel**. Estos investigadores piensan que las diferentes ciencias humanas y sociales tienen como base la historia, pero realmente se trata sólo de trozos de la historia. No debería haber pues sino una sola ciencia social: la historia, siendo lo que llamamos las ciencias humanas y sociales las diferentes facetas del tiempo presente de la historia del tiempo presente. Habría, por lo tanto, sólo historiadores cada uno especializado en una rama de la historia con su problemática propia. El trabajo interdisciplinario se haría alrededor de temas

correspondiendo cada uno a una rama de la historia que no es, se sabe, un comportamiento cerrado sino el conjunto de una sociedad repensada alrededor de una problemática central, según las necesidades del conocimiento y de la acción. Esta última palabra es importante. Pues, las denominadas ciencias sociales del presente son operacionales, directamente operacionales y, en consecuencia si se confunden con la historia, la que era indirectamente operacional lo llega a ser en forma directa. La historia económica, por ejemplo, jugaría de ahora en adelante el papel de la ciencia o de las ciencias económicas. Se trataría sólo de una teoría más general cuya base sería más vasta, puesto que resultaría ser la síntesis de todas las teorías, correspondiendo cada una a una época, a una región o a una técnica dadas.

Esta perspectiva resulta muy atractiva. Sin embargo, cabe preguntarse si, en la práctica, no crea dificultades insalvables. El economista de hoy ya está absorbido por múltiples preocupaciones. Su documentación tiende a ser enorme. ¿Cómo se puede pensar razonablemente que podrá interesarse estrechamente en la historia económica? Esta se apoya en fuentes a veces muy diferentes de las utilizadas por el historiador del tiempo actual. Además, el economista debe proponer soluciones, una previsión del futuro, lo que no ocupa un gran lugar en las inquietudes del historiador. Por esto, es posible una tercera actitud que sería la inversa de la anterior: suprimir la historia o bien, reducir cada uno de sus campos al de las ciencias humanas o sociales con la cual se vincula.

La historia total sería una actividad interdisciplinaria que agrupa a varias disciplinas de las ciencias humanas.

Para un investigador sería aceptable saberse sociólogo o economista y al mismo tiempo historiador en su campo, por lo tanto, operacional e historiador desinteresado a la vez.

Desde el punto de vista de las carreras, se introduciría una cierta flexibilidad en el reclutamiento. Según la coyuntura del empleo, sería cómodo abandonar la investigación histórica por la acción en el terreno o vice-versa. Encontramos ya en los historiadores una tendencia a pasar por economistas, sociólogos o politólogos. Y en los países anglosajones la historia económica está más bien en las manos de los economistas que en las de los historiadores.

¿Es necesario elegir entre diversas actividades? ¿Es preciso imponer, de antemano, a priori, orientaciones y programas, métodos y puntos de vista? ¿No es más razonable dejar a unos y a otros elegir la orientación

que les conviene? En el mundo de la investigación científica reina una democracia liberal que permite a cada uno hacer lo que le agrada, intentar su experiencia, su aventura. El mejor triunfará. Dejemos actuar al tiempo. No todo es previsible.

Sin embargo, en el estilo «operacional», el historiador está mejor ubicado que cualquiera para prever, al menos, en algunos casos, por ejemplo, en lo que se refiere a la coyuntura de corto período o de larga duración. Esta afirmación es válida en demografía ya que los nacimientos, los matrimonios, los decesos y las migraciones pasadas permiten prever, en cierta medida los nacimientos, los matrimonios, los decesos y las migraciones del futuro. También resulta cierto para la coyuntura económica en la cual la fluctuación Kondratieff se ha demostrado, hasta ahora, demasiado regular al igual que el ciclo de Juglar o el de Kitchin, lo que los hace previsibles.

Por último, es real, para la coyuntura cultural con sus «modas», a corto plazo y sus movimientos más perdurables en la sucesión del barroco, el clacisismo, el romanticismo, el simbolismo, el naturalismo, etc.

La historia bajo diversas formas posibles es, por tanto, a la vez, una ciencia de futuro y una ciencia del futuro.

F
r
s
c
p
C
di
pe
cc

in
pa
N.
de
de
bu
m

soc
dis
ellk
ori,
cor

per
acc

—
Di
19